

UNAMUNO, EDUCADOR: SUS CONCEPCIONES DE CONOCIMIENTO, VERDAD Y CIENCIA*

Unamuno, Educator: His Conceptions of Knowledge, Truth and Science.

Arrate APARICIO MARCOS
Fundación Rafael de Unamuno – Universidad de Salamanca
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5946-1571>

Recibido: 31 de marzo 2022
Aceptado: 1 de julio 2022

RESUMEN

El presente artículo tiene por objeto profundizar en la significación de las concepciones de conocimiento, verdad y ciencia en el pensamiento de Miguel de Unamuno. En primera instancia, navegaremos en aquello que él entiende por conocimiento y verdad, para después adentrarnos en la significación de lo que es ciencia, de lo que debería ser y el modo en el que se debería presentar en las instituciones educativas. Veremos que cultivar el amor al saber y a la verdad es crucial para consolidar una ciencia viva, cordial y espiritual, alejada del cientificismo, de la idolatría de la ciencia.

Palabras clave: Unamuno; educación; conocimiento; verdad; ciencia; amor; pedagogía.

* Este trabajo se ha beneficiado de una beca de colaboración en tareas de investigación por parte de la Cátedra Francisco José Ayala de Ciencia, Tecnología y Religión de la Universidad Pontificia Comillas. Mi agradecimiento al equipo de la Casa-Museo Unamuno de la Universidad de Salamanca por el apoyo recibido en la consulta de los fondos personales de Miguel de Unamuno, así como en la localización del material inédito durante las diferentes estancias de investigación que he realizado allí.

ABSTRACT

This paper is aimed to delve into the conceptions of knowledge, truth and science in the thought of Miguel de Unamuno. Firstly, it is explored the unamunian's notions of knowledge and truth in order to analyze, later, the meaning of science as it actually is and as it should be presented in educational institutions. Thus, we will show that cultivating love for knowledge and truth is crucial to consolidate an alive, cordial and spiritual science, far from scientism, from the idolatry of science.

Key words: Unamuno; education; knowledge; truth; science; love; pedagogy.

El saber no ocupa lugar. Esta maldita fórmula ha encubierto estragos. Sí, el saber ocupa lugar, ¡vaya si lo ocupa! Y cuando menos, nadie pondrá en duda que el aprender ocupa tiempo, y que este es irreversible; se va para nunca jamás volver... [...] (Unamuno 1899, 735)

[...] Porque es el saber ignorar el principio de toda ciencia; el saber ignorar aunado al querer averiguarlo todo. Saquemos fuerzas de la conciencia de nuestra propia ignorancia. (Unamuno 1900, 64)

Miguel de Unamuno, como buen educador, se preocupa por que los jóvenes despierten su amor al saber y a la verdad, se reconozcan a sí mismos, descubran sus capacidades y sus límites, desarrollen su personalidad, sean consecuentes entre lo que piensan, dicen y actúan, y vivan siempre en verdad y libertad. Para ello pone en práctica una pedagogía humana que tiene como base el amor, y que se retroalimenta de sus propias concepciones de conocimiento, verdad y ciencia.

Ahora bien, nuestro autor siente que no se puede conocer lo que no se ha querido previamente. Es decir, para conocer algo o a alguien, primero se ha de amar ese algo o alguien que se quiere conocer. Él apuesta por *nihil cognitum quin praevolitum*¹, ya que cree y experimenta que antes se ha de querer, amar, aquello que se desea conocer y se conocerá. Solo se conoce lo que se ha amado, deseado, querido, necesitado antes. El amor no surge de la

1. Unamuno apuesta por afirmar que no cabe conocer nada que no se haya querido antes, *nihil cognitum quin praevolitum*, frente a lo que según él es el principio supremo de todo intelectualismo, es decir, el apotegma escolástico de que no puede quererse nada que no se haya conocido antes, *nihil volitum quin praecognitum*.

inteligencia, de la razón. El amor se encuentra en el centro de todo; él es el motor que nos mueve al conocimiento, a alcanzar la verdad y a hacer ciencia viva, cordial y espiritual.

Así se expondrá primeramente aquello que don Miguel entiende por conocimiento y verdad, para después adentrarnos en la significación unamuniana de lo que es ciencia, de lo que debería ser y el modo en el que se debería presentar en las instituciones educativas. Veremos que cultivar el amor al saber y a la verdad es crucial para consolidar una ciencia viva, cordial y espiritual, alejada de la ciencia ya hecha, que se encuentra afectada por el cientificismo, por la idolatría de la ciencia.

1. ¿QUÉ ES EL CONOCIMIENTO?

Para poder contestar qué es el conocimiento, primero habremos de ahondar en la cuestión principal del asunto: ¿qué es conocer? Unamuno apunta en su *Tratado del amor de Dios* que «conocer es homogeneizar, desindividualar» (2005, 578), y matiza en *Mi confesión* que «lo supremo del puro conocer es confundirse el que conoce con la cosa conocida y unirse ambos en el conocimiento hasta formar uno solo, es dejar de ser, es destruirse» (54).

En otras palabras, don Miguel deduce que cuando lo individual deja de ser heterogéneo y se homogeneiza surge el conocimiento en unidad de conciencia. Se evidencia que conocer tiene que ver con compartir, con la comunión, con ser todo en todos. En el ejercicio individual, y a la vez plural, que supone conocer, se comparte y se crea comunión. Esto enriquece no poco a las personas. Es una especie de reconocimiento, basado en el amor, con lo que de común se tiene. Conoces en lo otro y en el otro algo que compartes, porque desde antes de lanzarte a conocer ya lo amaste. De ahí que, por ejemplo, para nuestro autor, quien a Dios conoce, vive Dios en él porque el verdadero conocimiento es en el amor. Y el amor es la causa de todo debido a que Dios es Amor. Luego Dios es, como Amor, el origen del conocimiento.

Asimismo, Unamuno manifiesta que el conocimiento se nos presenta, en un principio, como una necesidad para el mantenimiento de nuestra vida apariencial y terrenal. Se podría decir que lo entiende como una herramienta para la subsistencia, porque, como él mismo proclama en su *Tratado del amor de Dios*, «el conocimiento está al servicio de la necesidad de vivir y primariamente al servicio del instinto de conservación» (548)². Se trata, entonces,

2. La misma idea se recupera en *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (2005, 125).

de una necesidad y un instinto que, para nuestro autor, es secuela de la esencia del ser, aquella que, siguiendo a Spinoza, radica en el conato por perseverar indefinidamente en el propio ser. No obstante, cuando esta necesidad de conocer para vivir queda satisfecha, el hombre, como animal racional que es, desarrolla lo que denomina el conocimiento reflexivo: un conocimiento que nace del deseo innato de conocer, de la propia curiosidad innata, la cual excede y sobrepasa al conocimiento que debemos adquirir para poder vivir.

Más aún, don Miguel diferencia entre el conocimiento inconsciente y el consciente. El primero es el conocimiento directo e inmediato, utilitario, que satisface nuestra necesidad de conocer para vivir, y que desarrollan tanto los hombres como los animales. El segundo, por su parte, es el conocimiento reflexivo, estético, de lujo espiritual, que es consecuencia de la enfermedad trágica que nos produce el deseo de saber por amor al conocimiento mismo, y que nuestro autor ilustra con el ejemplo del ansia de probar del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal³. Se trata de un conocimiento que solo el animal racional, el hombre, puede producir, ya que es el único que tiene la palabra como herramienta de su inteligencia para convertir el conocimiento que empieza por ser utilitario en estético, en el conocimiento reflexivo, en un conocer por conocer, en el saber por el puro deleite de saber (cf. Unamuno 2015, 52; 2005, 546-549 y 122-124).

En este sentido, cabe recalcar que Unamuno entiende que la razón es el conocimiento reflexivo, y, como tal, expone que es el producto social que tiene su origen en el lenguaje. Este lenguaje articulado surgió, a su vez, de la necesidad de transmitir nuestro pensamiento a nuestros prójimos, y gracias a él el hombre piensa articulada y reflexivamente.

El pensamiento es el lenguaje interior que brota del lenguaje exterior, de la necesidad de hablar los unos con los otros. Pensar es hablar consigo mismo, pero cualquier persona encuentra y obtiene mejor sus ideas cuando realiza el esfuerzo de exponerlas ante los demás. De ahí que, según nuestro autor, la razón sea social y común. En mi opinión, este acto de presentar a los demás las ideas que uno gesta en su interior supone un esfuerzo excepcional,

3. Unamuno probablemente ilustra indirectamente con este ejemplo el pecado que brota del intelectualismo y que describe como el anhelo estético, el empeño de construir arquitectónicamente nuestros conocimientos, de hacer que los unos se apoyen en los otros, y que lamenta que fue lo que produjo la escolástica que culmina en Hegel. Así lo transmite en *Mi confesión*, fechado en 1904: «[...] Mas de este conocer por conocer, saber por el puro deleite de saber, nace la peste del intelectualismo que acaba con las civilizaciones. Es un anhelo estético, un empeño de construir arquitectónicamente nuestros conocimientos, de hacer que los unos se apoyen en los otros, lo que produjo la escolástica que culmina en Hegel. [...]» (53).

pues, siguiendo a don Miguel, se puede intuir que tal esfuerzo no es más que creación. Así sostiene que «la palabra es obra, la obra más íntima, la más creadora, la más divina de las obras» (1906a, 864) cuando es palabra de verdad.

Con todo, estimo que el conocimiento que producimos mediante el instinto de conservación por la necesidad de supervivencia en esta vida terrenal, para asegurarnos y conservar la vida, ni proviene de la misma hondura personal ni tiene la misma proyección que aquel conocimiento que creamos por el instinto de perpetuación. Este último nos permite crear conocimientos destinados para perpetuarnos en la eternidad y que son fruto del amor. Ellos son los que verdaderamente nos conceden conocer la realidad de la vida, debido a que las creaciones del amor están al servicio del conocimiento del mundo ideal.

Además, se puede confirmar que, por un lado, el conocimiento es un modo de dominio, de posesión, de unión entre el que conoce con lo conocido. Se domina y posee algo en cuanto se conoce. Y, por otro lado, que el descubrimiento del propio amor al saber es también primordial en el desarrollo de la capacidad creativa del hombre. El hombre crea, es artífice, a través de su sentir, de su amor, y de su pensar, su razón.

Ahora bien, como advierte Unamuno, la verdad concreta y real es *homo sum, ergo cogito*. Siempre es más inmediato sentirse hombre que pensar, por lo que siempre hay que pensar con la vida pese a que sea necesario racionalizar el pensamiento. Según él, «la razón es una fuerza disolvente cuando dejando de obrar sobre la forma de las intuiciones, ya sean del instinto individual de conservación, ya del instinto social de perpetuación, obra sobre el fondo, sobre la materia misma de ellas» (2005, 556)⁴. Es decir, la razón nos ayuda a vivir y sobrevivir pero cabe hacer uso de ella en su justa medida, porque siempre que prevalezca la razón sobre el sentimiento, fuera de lo formal y ante las cuestiones propias del mundo espiritual, nos va a llevar a un mundo apariencial, al aniquilamiento, al nihilismo.

Don Miguel proclama que el conocimiento es sobre todo una función vital, y es la vida –no el conocimiento– la que nos relaciona con la realidad. Se conoce para obrar, se obra para vivir bien, y vivir bien desemboca en la felicidad, en la vida plena. La conciencia de pensar es conciencia de ser. No hay conocimiento puro sin sentimiento. Se siente el pensamiento, y se siente uno a sí mismo entretanto que se conoce y se ama. Y amarse es no querer morir.

En resumen, solo ahondaremos en la necesidad de conocer para sobrevivir, en el amor al saber, en ese deseo de conocer que culmina en el conocimiento

4. Esta cita pertenece a su *Tratado del amor de Dios*. La misma idea se recupera en su *Del sentimiento trágico de la vida* (332).

social que nos permite persistir, cuando la necesidad de conocer para vivir quede satisfecha. Al fin y al cabo, conocer es amar y amar es conocer, y la base del conocimiento no es otra que el anhelo de inmortalidad personal del alma.

2. ¿QUÉ ES LA VERDAD?

En lo que respecta a la concepción unamuniana de verdad, cabe tener presente que don Miguel diferencia cuatro clases de verdad: en primer lugar, la verdad lógica u objetiva, eso que llamamos realidad, a saber, el premio concedido a la sinceridad o veracidad, y cuyo contrario es el error. En segundo lugar, la verdad moral o subjetiva, cuya oposición es la mentira⁵. Este tipo de verdad es la base ética donde lo importante es decir la verdad y cuidarse de concienciarlo todo; luego nos descubre que la conciencia es la propia verdad. En tercer lugar, la verdad estética o verosimilitud, cuya oposición es el disparate y se demuestra con razones. Y, en cuarto lugar, la verdad religiosa o de esperanza, cuya oposición es la inquietud de la desesperanza absoluta. Se trata de la verdad de la fe y es la sustancia de lo que se espera (cf. Unamuno 1906a, 854-864; 2005, 545-546 y 355-356)⁶.

Unamuno cree que la verdad estética y la verdad religiosa se sobreponen a la verdad moral. Si bien reconoce que se precisa de verdad moral, de verdad subjetiva, de verdad de dentro, tanto para desear con el propio corazón que

5. De este modo diferencia Unamuno la mentira del error: «[...] es la mentira y no el error lo que envenena nuestra vida íntima. El que predique una verdad sin creer en ella, mintiendo al predicarla, podrá ilustrar las mentes, pero empozoña los corazones y pudre las raíces de la vida, mientras que quien lleno de fe en que es verdad, sin mentira alguna, predica un error, aunque por el pronto desvíe a las mentes de su más derecho caminar, fortifica y sostiene los corazones, y estos acabarán por enderezar el mundo de aquellas.» (2015, 51). En consecuencia, la voluntad de engañar es la mentira y el error es hijo de ella. Más vale el error que se predica, por creer que es verdad aquello que se anuncia, que la mentira, que ni siquiera se cree como verdad de la realidad y mata el alma. Los errores fortifican los corazones, y las mentiras, empero, los envenenan. Es más, a mi juicio, los primeros son para nuestro autor un buen ejemplo de lucha por lo que se cree que es verdad (cf. Unamuno 1906a, 855-857; 2005, 545 y 355).

6. En este sentido, cabe destacar que solo en *Del sentimiento trágico de la vida* define claramente estas cuatro clases de verdad. De todas formas, es interesante analizar la argumentación que expone en «¿Qué es verdad?» y *Tratado del amor de Dios*, porque es propiamente en estos escritos donde nos presenta los argumentos desde los que deduce la existencia de las cuatro clases de verdad que termina manifestando en *Del sentimiento trágico de la vida*.

Dios exista como para acomodar la conducta en virtud de la creencia sincera en la existencia de Él. Es más, cree que «el único culto perfecto que puede rendirse a Dios es el culto de la verdad» (1906a, 856) porque, a fin de cuentas, el reino de Dios es el reino de la verdad. No miente ni puede mentir quien afirma su propia fe a través de la incertidumbre que experimenta en lo que cree que es verdad. La limpieza de corazón es la veracidad, y la verdad es Dios. En consecuencia, la Naturaleza se muestra tal cual es, sin secreto alguno, a todo aquel que sea veraz y sincero.

Así concluye su escrito «¿Qué es verdad?» con una síntesis de lo que para él es realmente la verdad:

Y bien, en resumen: ¿qué es verdad? Verdad es lo que se cree de todo corazón y con toda el alma. ¿Y qué es creer algo de todo corazón y con toda el alma? Obrar conforme a ello.

Para obtener la verdad, lo primero es creer en ella, en la verdad, con todo el corazón y con toda el alma; y creer en la verdad con todo corazón y toda el alma, es decir, lo que se cree ser verdad siempre y en todo caso, pero muy en especial cuando más inoportuno parezca decirlo. (864)

En definitiva, don Miguel entiende la verdad, junto con Kierkegaard, como autenticidad y vida, como la coherencia entre las ideas y su proyección en la propia existencia. A este respecto, Jesús Antonio Collado demuestra que tanto para Unamuno como para Kierkegaard, «la fe y la verdad, en cuanto sustancia vital ambas del individuo existente, no son sino dos formas diversas de una misma realidad» (1962, 457). Collado sugiere que el concepto de verdad es idéntico en el fondo en los dos filósofos, diferenciándose tan solo en la forma y el enfoque general.

Se percibe, pues, la influencia de Kierkegaard sobre Unamuno en lo que a la esencia de la verdad se refiere, si bien nuestro autor no se atiene al desarrollo de la perspectiva kierkegaardiana. Considero que ambos navegan sobre la idea de que la verdad es creer y obrar de todo corazón y con toda el alma. De ahí también que los dos cimienten su concepción en la esencia de que buscar la verdad por la verdad misma y vivir con verdad la vida deba ser el fundamento de nuestra existencia, por ser justamente lo que nos lleva a realizar la acción más pura y noble (véase García Chicón 1987).

En este aspecto, siguiendo a don Miguel, el culto a la verdad ennoblece y eleva la propia vida espiritual. Afirma incluso, en «Verdad y vida», que «el culto a la verdad por la verdad misma es uno de los ejercicios que más eleva el espíritu y lo fortifica» (265). De esta manera nos sugiere concienzudamente que hemos de guiar siempre nuestra vida por nuestro sentimiento de amor a

la verdad. Las verdades que se encuentren depositadas en nuestra alma son las únicas verdades que se sustentan en nuestra fe, y, por ende, en las que creemos teniendo conciencia personal de ellas. Esto es propiamente lo que, según nuestro autor, debe el maestro motivar en su alumnado a descubrir en sí pero siempre que él mismo, como educador, lo ponga previamente en práctica. Solo así se conseguirá que la educación sea el medio para gratificar y educar en verdad las mentes.

Además, sostiene que el hecho supremo, fecundo y redentor es que cada uno diga su verdad. Hemos de hablar con el corazón en la mano y poner nuestra alma en todo cuanto digamos. Se halla la verdad, en palabras de Unamuno, «diciendo siempre y en cada caso, oportuna o inoportunamente, la verdad de dentro, la verdad subjetiva, la verdad moral, lo que crees ser verdad» (1906a, 860). No hay que abdicar nunca de la verdad si se pretende lograr, entre otras cosas, más íntima paz, fe y consuelo en las propias congojas e inquietudes.

En los momentos en los que estamos a solas, refugiados en la soledad de nuestro corazón, es cuando somos sinceros con nosotros mismos y oímos decir la verdad a los demás. La suprema virtud de un hombre, la humildad más verdadera, es, según don Miguel, la sinceridad (cf. 1904, 1156). Dejarse ser como se es, dejar que los otros nos vean tal y como somos, puede parecer, en un primer momento, un riesgo pero es en realidad una gran virtud. Si todos actuásemos conforme a la verdad, si dijésemos siempre la verdad, o sea si fuésemos completamente sinceros con nosotros mismos y con aquellos con quienes compartimos vida, nos entenderíamos mucho mejor y más pronto sentiríamos una honda compasión y piedad mutua. De hecho, cuando algo se dice sin ánimo de ofender a nadie sino con el deseo de decir la verdad, resulta menester que todo aquel que ama la verdad exponga su verdad y quienes la reciban, estén o no de acuerdo, si realmente también la aman, reflexionen sobre ella, sobre su exactitud o inexactitud (véase Aparicio 2021, 1269-1271).

En este sentido, don Miguel nos confiesa, en «¿Qué es verdad?», que se encuentra «persuadido de que si la absoluta veracidad se hiciese dueña de los hombres y rigiese sus relaciones todas, si acabase la mentira, los errores desaparecerían y la verdad se nos iría revelando poco a poco» (856). De igual modo afirma que «quien hiere mis sentimientos de amor a la verdad es el que viene a querer corroborarme en lo que pienso sin pensar él como yo» (862). Y, por último, recuerda que «en la vida del espíritu solo mi verdad me salva, y mi verdad no es la verdad que desconozco, aunque sea esta la verdad de los demás» (863).

Las entrañas de la verdad pertenecen al propio corazón, y son también, junto con los sentidos y la razón, un medio de comunicación con la realidad.

De esta suerte nuestro autor expresa que la razón es solo cosa de inteligencia, mientras que la verdad es cosa de voluntad. Y, al mismo tiempo, subraya que la inteligencia no vive más que en el pasado, entretanto la voluntad en el porvenir, en el único reino de libertad. No obstante, al hilo de la verdad lógica, también recalca que la verdad es un compromiso entre lo que el ambiente nos impone mediante la inteligencia, y lo que tratamos de imponer al ambiente mediante la voluntad. Es decir, la verdad es un producto evolutivo y, como tal, cada época desarrolla una explicación lógica del universo según los deseos que inquietan a los hombres.

3. ¿QUÉ ES LA CIENCIA Y CUÁL DEBE SER SU SIGNIFICACIÓN?

En esta ocasión, para descubrir aquello que para Unamuno es la verdadera ciencia, habremos de iniciar la argumentación desde su concepción de genio, que claramente queda patentada en su novela *Amor y pedagogía*. Allí don Miguel muestra su crítica a la educación que recibe el protagonista de la novela, Luis Apolodoro, por parte de su padre, don Avito Carrascal. Este último educa en la ciencia a su hijo, y rechaza toda educación nacida del sentimiento por creer que debilita la formación del genio científico, del hombre de ciencia. De hecho, considera que su mujer, Margarita del Valle, quien cría y educa a su hijo en el amor, estropea al educando para genio, con sus debilidades, con los sentimientos maternos que por instinto demuestra, que impiden la formación que le llevaría a ser genio y alcanzar la gloria:

— ¡El amor!, siempre el amor atravesándose en las grandes empresas... El amor es anti-pedagógico, anti-sociológico, anti-científico, anti...-todo. No andaremos bien mientras no se propague el hombre por brotes o por escisión, ya que ha de propagarse para la civilización y la ciencia. (1902, 387)

Don Avito no permite que Apolodoro desarrolle ni su personalidad ni su conciencia. En su proyecto educativo no hay cabida para el amor, y, sin embargo, el amor es la base para todo desarrollo y crecimiento personal. Esta insuficiencia provoca que la vida de su hijo sea carente de sentido, y Apolodoro se sienta consumido por el vacío existencial, hasta el punto de que por sufrir un desengaño amoroso y fracasar como cuentista tome la decisión de dimitir de la vida y opte por el suicidio. En definitiva, el proyectado a genio termina por ser un «genio abortado» (356 y 385) por culpa de la pedagogía científica o, mejor dicho, científicista.

Ni siquiera el personaje de don Fulgencio Entrambosmares, que acoge indirectamente la filosofía de Unamuno, ha sido suficiente para sacarle por completo de la inopia existencial que Apolodoro padece. Más aún, don Miguel otorga al personaje del poeta Hildebrando F. Menaguti, también conocido como el sacerdote de Nuestra Señora la Belleza, la posibilidad de que penetre en Apolodoro la idea de que no hay más genio que el genio poético y que toda gran obra de arte se inspira en el amor. El amor lo es todo, y la obra de amor es obra de arte:

— El amor, el amor lo es todo; toda grande obra de arte en el amor se inspira; no hay más tábano poético –Menaguti traduce *estro*– que el del amor; todos los trillamientos del alma –sabe que de *tribulare* vino «trillar»– del amor vienen; el amor es el gran principio hipnótico –aspirando la *b*–; la *Iliada*, la *Divina Comedia*, el *Quijote* mismo y hasta el *Robinsón*, en el amor se inspiran, tácita o expresamente. Hay que hacer obra de amor, obra de arte; no hay más genio que el genio poético. Haz poesía, Apolodoro. (362)

Los grandes amores tienen el fin de producir grandes obras poéticas. Y de ahí también que Apolodoro sienta la inquietud por ser poeta en prosa y escriba su propio cuento largo o novela corta, cargado de sentimiento y poesía⁷. Algo que lamentablemente tampoco es suficiente para desarrollar una imaginación creadora de sentido, dado que la experiencia ficticia del verdadero amor que ofrece la poesía es insuficiente para que Apolodoro afronte el dolor que causa el amor y se evite la tragedia.

Dicho todo esto, a mi juicio, es manifiesto que la concepción de genio que posee Unamuno queda influida por las ideas que sobre lo mismo mantienen Schopenhauer y Nietzsche. Para Schopenhauer, el genio es un sujeto trascendental que logra abandonar el mundo, superar su individualidad, despojar su entendimiento de la voluntad individual y también desgajarse de la voluntad universal. Es quien consigue abstraerse de toda representación y adopta una actitud desinteresada que permite que la creación y la contemplación artística afloren en él. Es tanto el artista, el creador de la obra de arte, como el

7. «Y Apolodoro se retira a trabajar en un cuento largo o pequeña novela, sentimental y poética, que trae entre manos, porque le ha entrado, a despecho de su padre, una gran comezón por ser literato, puro literato, no pensador, ni filósofo, ni sociólogo, sino poeta, aunque sea en prosa, y cuenta las angustias de su primer amor y lima y acaricia la forma que quiere salga amorosa y dulce al oído, y se esmera en los remates psicológicos, y a tal propósito analiza sus propios sentimientos y va ya a sus entrevistas de amor con una finalidad artística. Empieza a amar para hacer literatura, y ha erigido dentro de sí el teatro y se contempla y se estudia y analiza su amor». (374).

espectador, el receptor de la misma. Es, al fin y al cabo, quien destaca por su gran valor existencial. Por su parte, Nietzsche entiende al genio como el espíritu libre que crea; que cuenta con un pensamiento genuino personal; que da significado al eterno retorno pero excluye la existencia de la vida después de la muerte por no encontrar valores férreos en la concepción metafísica del más allá, aquella que asume como un ideal que niega la vida; que vive en la creatividad y autodeterminación desde la voluntad de poder, o sea desde la libertad de poder dominar sobre la propia vida; que es dueño de sí mismo y se desvincula de la tradición porque crea una nueva realidad como respuesta al nihilismo; quien mejor representa la superación del hombre debido a que él es superhombre.

Con ello, Unamuno, y pese también a la distancia que toma en ciertos aspectos evidentes de las concepciones de genio recién descritas, proclama que el genio para él es «el que en puro [sic] personalidad se impersonaliza, el que llega a ser voz de un pueblo, el que acierta a decir lo que piensan todos sin haber acertado a decir los que lo piensan. El genio es un pueblo individualizado» (1905a, 1234). Y, además, realiza una diferenciación entre los genios vitalicios y los genios temporeros. Los primeros son aquellos genios de por vida, a saber, los «voceros espirituales» de su pueblo. Los segundos, a su vez, son quienes se convierten en genios de forma ocasional y durante un tiempo limitado, acaso por hacer un acto heroico puntual.

Así pues, la significación del genio científico que asume don Avito Carrascal queda inmersa en la pedagogía estrictamente científica y racionalista, que es difusa y confusa, que es fría y antipersonal, y que dista sobremedida de los valores que don Miguel verdaderamente otorga al genio, así como de su apuesta por una pedagogía humana que tiene como base el amor. Luego se puede deducir que el método dogmático científicista de luchar contra los propios sentimientos no funciona, pues se le han negado a Apolodoro las herramientas para saber buscar respuesta por sí mismo a las cuestiones existenciales que le perturban el alma. La ciencia y la pedagogía sociológica han dominado la vida del citado aspirante a genio científico, le han destrozado como persona, llevándole incluso a tomar la decisión de acabar con su propia vida. A fin de cuentas, se le ha incapacitado para amar la vida, para remar a favor de la salvación, de la vida eterna, y a contracorriente del intenso miedo que nos ocupa la perspectiva de la nada, el vacío eterno.

Por consiguiente, Unamuno anima insistentemente a los jóvenes a ser poetas, a ser genios poéticos. Así sostiene en su escrito «Almas de jóvenes» que «si un poeta no es un espíritu que vive a nuestros ojos, al que sentimos vivir, es decir, fraguarse día a día su sustancia, ¿qué es un poeta? Y si un joven no es así, ¿qué es juventud?» (1156). El poeta es, entre otras cosas,

creador, vidente, soñador, utopista, espiritual, da vida al pueblo, y, de igual forma, los jóvenes han de ser así. Es decir, estos últimos han de llevar a cabo el ejercicio de descubrir en sus entrañas espirituales la fuente de su vida, y de mostrar su personalidad, lo que en realidad son, su propia alma al desnudo, a sus semejantes.

De esta suerte, don Miguel, como educador, pretende expandir la idea de que la enseñanza, la pedagogía, cuando es libre, nos provee de una capacidad creativa individual. Siempre que se fomente el desarrollo de la actitud creadora, los dogmas se dejarán de lado, y el alumno se descubrirá como ser creador desde su fe en la fe misma. No obstante, Unamuno se muestra preocupado por la falta de atención y las malas entendederas de la juventud. La pedagogía en la que se les está educando les acostumbra a recibir dogmas y conclusiones, lo que provoca que sean educados en el aborrecimiento de pensar. Ni tienen libertad de pensamiento, ni desarrollan su capacidad creativa. Por ello, ante la falta de imaginación y la abundancia de sectarios incapaces de imaginarse algo diferente de aquello que a través del dogma se les insufla en sus cabezas, nuestro autor reclama lo que sigue:

Lo que más nos falta es [sic] poetas, poetas y no versificadores; poetas, digo, esto es creadores; poetas de arte, de ciencia, de industria, de vida. ¡Ah, poesía, madre de la ciencia y consoladora de la vida; poesía, fuente inexhausta de la verdad corriente y pura, que va luego a enturbiarse y estancarse en el charco del raciocinio lógico formal! (1903a, 115)

También don Miguel siente, como es evidente, que se necesita que los maestros sean poetas. Denuncia el hecho de que los maestros crean en la propaganda dogmática y no en la enseñanza, dado que el pueblo queda adoctrinado por ministerio de sus maestros. De modo que considera que su pedagogía no se puede basar en preparar a los alumnos para aprobar unos exámenes a partir de la ciencia que intentan insuflar en sus cabezas. Tampoco que el proceder de los estudiantes sea que tomen apuntes sin enterarse de lo que el maestro enseña, puesto que eso no es solución de nada. Así reprueba la retórica de los profesores y su afán por que sus clases se conviertan en meras lecturas de libros. El maestro no es lector y debe enseñar, no adoctrinar. De ahí su expresión «el libro mata la cátedra» (1899, 744)⁸.

8. Unamuno asegura que la difusión del libro por la imprenta ha destruido las raíces de la tradición universitaria y ha matado la cátedra, el proceder de la antigua Universidad, la Universidad clásica. Por ello hace especial hincapié en que los profesores universitarios se conciencien de sus posibilidades y capacidades. Su generalizada costumbre de recitar los libros en las clases ha dejado de tener sentido, pues los alumnos son ya lectores y

Por lo tanto, juzgo que Unamuno, el Rector de la Universidad de Salamanca, anima a la creación y puesta en práctica de una pedagogía que acostumbre a nuestros jóvenes a pensar y les motive a prestar atención a lo que se enseña, mostrándoles el atractivo del aprendizaje del saber y el amor a la verdad. En esta línea, percibe que la ciencia es una gran portadora del saber en la medida en que se nutra de amor, sabiduría y verdad. De manera que en su concepción de ciencia no entra la significación de la ciencia ya hecha, plagada de cientificismo –de la mitificación de la ciencia–, sino que propulsa la ciencia viva y cordial, la ciencia que libremente permite crear desde el espíritu.

Unamuno lucha por desbancar a la ciencia hecha, la ciencia oficial, aquella que está enjaulada, y que se caracteriza por sus dogmas, sus resultados y conclusiones, bien sean verdaderos o falsos. Se trata, según él, de una «enseñanza tendenciosa, a tiro hecho» (1899, 746), válida para el adiestramiento. Su objetivo es demostrar que la ciencia no ha de ser un estado, algo quieto e inmutable, sino que se tiene que convertir en una causa, en un manantial, en algo movible. Es crucial pensar en la causa final, en el para qué, de la ciencia; y no solo en sus efectos, en sus aplicaciones, en su conservación, fortalecimiento y enriquecimiento. Solo así, pensando en el para qué de la ciencia, se ponen a prueba las conclusiones, el dogma, la ciencia hecha, frente a los procedimientos, el método, la ciencia viva, cordial y espiritual.

La verdadera ciencia, según don Miguel, nos enseña a dudar y a ser conscientes de lo que ignoramos, al igual que a contemplar la propia vida desde la libertad y el amor. La ciencia es para la vida...:

[...] Y el deber de quien quiera se consagre a la ciencia o al arte es estimar su obra más grande que él mismo y buscar con ella, no distinguirse, sino la mayor satisfacción del mayor número de prójimos, la intensificación mayor de la vida propia y del mayor número posible de vidas ajenas. (1896, 977)

De esta suerte expresa en *Mi confesión* que «la ciencia suele ser la más abonada escuela de humildad, de sencillez, de desprendimiento» (48). Y, más adelante, vuelve a matizar que «es la ciencia escuela de humildad, de templanza, de tolerancia, de prudencia, de justicia y de fortaleza; es fuente de consuelo» (49).

pueden hallar el conocimiento que les ofrecen en los libros de fácil acceso (cf. 1899, 744-745; 1905b, 140-141; 1919, 1600). De todos modos, nos confirma que debido a que los catedráticos universitarios fueron lectores, leyentes, y ofrecieron esa lección de lectura en su momento, resulta posible que se enseñe a leer en el denominado libro de la Naturaleza o de la Historia (cf. 1933, 1197-1198).

Esto es, considero que Unamuno siente que la ciencia cuenta en su origen con varias virtudes, por ser escuela de humildad, sencillez, desprendimiento, templanza, tolerancia, prudencia, justicia, fortaleza y fuente de consuelo. Estas deberán hacerse explícitas en su quehacer de atender y servir a los hechos con el fin de llegar nosotros a ser sus dueños. Tenemos que ser dueños y no esclavos de la ciencia. La verdadera ciencia, la ciencia viva, cordial y espiritual, nos enseña a supeditar nuestra razón a la verdad y, consecuentemente, nos permite conocer los hechos por entero y no solo sus leyes o el «polvo de hechos» (2015, 49-50; 2005, 104). No debemos apalancarnos en la fe ciega a la ciencia, en el cientificismo, en la hechología, en la esclavitud por la que se rigen los sectarios, que ni rinden culto a la verdad ni tampoco tienen sentimiento de la ciencia.

Para que la ciencia no sea convertida en ídolo, habremos de tener fe en nosotros mismos, y no creernos a quien nos dice algo, tomando aquello que promulga como autoridad y sin plantearnos la validez de lo que dice. Así resulta menester tener fe en la auténtica ciencia pero con un sano escepticismo⁹, y sobre todo sin caer ni en la idolatría ni en el dogmatismo. Hemos de ser conscientes de su poder y de sus límites. Es imprescindible que la ciencia persiga la verdad del conocimiento, por lo que al hacer ciencia estamos en la obligación de someternos al hecho que nos proporciona datos de la realidad y del que recibimos las percepciones del mundo. Y también es indispensable que la ciencia sea creativa, sea poesía, y se encuentre enfangada de vida.

En suma, en mi opinión, Unamuno valora tanto la inquietud y la curiosidad que la ciencia provoca en nuestro espíritu como su capacidad de instrucción y de dar soluciones concretas, pese a sus continuas advertencias del peligro de idolatrarla en exceso y sinrazón. La ciencia puede ser un catalizador que promueve el amor y la pasión por el conocimiento y la verdad, o puede también caer en los excesos del cientificismo que reducen la ciencia a un utilitarismo y positivismo inhumano. Bien advierte don Miguel que «pedimos

9. Don Miguel matiza al respecto, en «De la enseñanza superior en España», lo siguiente: «[...] El escepticismo, en su recto sentido, en el etimológico y originario, une y combina; el dogmatismo no hace más que agregar rebaños. Los escépticos [...], los que investigan o [...] se dan la mano y se asocian en sus errabundos caminos, caminos que se cortan y cruzan y entrecruzan de continuo [...]» (741). Y añade en «Sinceridad y convicciones»: «[...] creo que los más grandes bienhechores del linaje humano han sido escépticos y a la vez que los verdaderos y sinceramente escépticos –los que lo sean por haber pensado y no por no pensar lo bastante–, son grandes bienhechores de este linaje. En cambio, desconfío mucho de los frutos prácticos de los hombres que se dice tienen convicciones arraigadas. Me temo que resulten esclavos, y no dueños de esas convicciones.» (836).

a la ciencia misterios y milagros, y al llamar sacerdotes a los que la infunden propendemos a hacer de su enseñanza una liturgia» (1899, 736).

4. CONCLUSIONES

Unamuno no apuesta por que los jóvenes sean cultivados en una pedagogía científica y se conviertan consiguientemente en genios científicos. Más bien, centra su mirada en fomentar una pedagogía humana que se cimienta en el amor y les ofrezca las herramientas pertinentes para convertirse en genios poéticos, o sea, en personas que fundamenten su vida en el pensamiento crítico, la reflexión individual y colectiva, y desarrollen su personalidad en verdad y libertad.

El amor al saber, al conocimiento, nos acercará al amor a la verdad. Estos dos últimos son amores capitales en la etapa formativa de cualquier persona para con su responsabilidad de penetrar en la ciencia viva, cordial y espiritual, así como de rechazar el cientificismo. No debemos reducir la perspectiva científica al conocimiento analítico de la hechología, el «polvo de hechos» o el cientificismo. Habremos de comprender que la verdad no es aquello que nos hace pensar sino lo que nos hace vivir, y que la ciencia viva y cordial, la ciencia del espíritu, queda empapada de amor, de humanidad, y es, consecuentemente, según don Miguel, la que se debe enseñar en las escuelas y Universidades al margen de la ciencia ya hecha.

En todo este entramado, el poeta y su poesía, tal y como se ha visto, juegan un papel crucial para nuestro autor, que, en caso de reflexionar sobre lo que se ha expuesto, no queda libre de contradicciones. Por un lado, Unamuno anima a los jóvenes a ser poetas, a ser creadores que se dan a sí mismos en su completitud y que muestran con total desnudez su personalidad porque descubren la fuente de su vida en sus entrañas espirituales. Incluso entiende la creación científica como poesía. Por otro lado, en su obra *Amor y pedagogía*, apreciamos como resulta insuficiente para Apolodoro la experiencia ficticia del amor que recibe de la poesía, a través del poeta Hildebrando F. Menaguti. Este amor poético no le da las claves precisas para hacer frente al dolor y a la incertidumbre que genera el amor en la existencia humana, y poder así evitar su suicidio.

Llegados a este punto, podemos llegar a preguntarnos lo que sigue: ¿infravalora don Miguel la poesía al tratarla en *Amor y pedagogía* como experiencia ficticia? ¿Qué es y supone realmente el oficio del poeta para él? Vemos que, por una parte, admira a la persona del poeta por su talante espiritual, creador y soñador, y en cambio, por otra parte, siente recelo de ella por tratar

la poesía como un arte que no hay que considerar desde el altar de la verdad. A mi juicio, nuestro autor minusvalora la poesía en su modo de sentir el amor. Estimo que asume que la poesía, con su embellecimiento, no nos ofrece una visión certera de la realidad del amor sino que solo nos muestra su apariencia de ser. Si bien incita a los jóvenes o científicos a crear y ser poetas, muestra su desconfianza hacia la poesía cuando se trata de sopesar el amor. No concibe que el amor verdadero se pueda afrontar camuflándolo desde un sustituto ficticio como puede ser la poesía (véase Álvarez Castro 2005, 75-108). Y probablemente la razón estriba en que, para él, el amor se descubre desde la experiencia libre y directa que uno tiene de la vida, dado que, a fin de cuentas, para encontrar el amor hay que amar.

Además, a mi parecer, las concepciones unamunianas del poeta y la poesía recuerdan a Nietzsche. Tanto Nietzsche como Unamuno, siguiendo a Armando López Castro, nos invitan a pensar y a poetizar desde un discurso entrelazado con la actividad espiritual. De ahí López Castro afirma que «la inclusión nietzscheana de lo científico en lo artístico responde a la intuición unamuniana de la vida como quehacer poético, haciendo de la “voluntad de poder” una “voluntad de querer”, del cuestionamiento de la certidumbre el deseo de hablar con el silencio de su propia tragedia, pues ambos se esforzaron para que en el lenguaje haya el menor espacio posible entre el pensar y el sentir» (2010, 153). Es decir, la filosofía trágica es en los dos autores palpable y en ambos también se percibe el modo en el que la poesía incita a crear desde una especie de pensamiento sentido y sentimiento pensado. El poeta, como buen artista, tiene que ser creativo e introducir novedad. Ha de hacer visible lo que aún no lo es, debe descubrir creativamente sus verdades, para lo que es menester expresar en tal quehacer los sentimientos y pensamientos que le invaden y conforman su ser (véase Ribas 2015, 193-241)¹⁰.

En definitiva, Unamuno reclama una educación humana e integral, cuya pedagogía sea libre y creadora, y que en ella se cultive, a su vez, una ciencia viva, cordial y espiritual. Esto es, hemos de creer en el conocimiento y la verdad, la enseñanza y la cultura, y atender al método y a la ciencia pero sin explotarlos. La ciencia es para la acción, y tiene que tener en consideración el hecho de vivificar nuestra obra del mañana. No es cuestión de que se rija

10. En el mismo sentido, es claramente visible que Zambrano queda influida por la concepción unamuniana de poesía que ella también refiere a la noción suya de filosofía. A este propósito, bien recoge Antonio Sánchez Orantos tal presencia y expone la visión zambranista sobre el tema de la siguiente manera: «La poesía, que expresa aquello que la vida humana siente, necesita de la sabiduría filosófica para entender el por qué de esta vida sentimental.» (2020, 1228).

por el utilitarismo, pero sí por el amor al saber, a la verdad y al prójimo. Solo quien está instruido desde el amor, la humanidad, la verdad y la libertad, sin regir su vida ningún impuesto dogmatismo, es capaz de improvisar y crear, de alumbrar ciencia verdadera: ciencia viva, cordial y espiritual. Así los jóvenes tienen que pensar y sentir por sí, para creer y crear, para satisfacer las exigencias de dar sentido a la propia vida.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABELLÁN, José Luis. *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología. Una interpretación de Unamuno desde la psicología individual*. Madrid: Tecnos, 1964.
- AGUILERA, César. «Pensamiento educacional de don Miguel de Unamuno». *Revista Calasancia* 11, 44 (1965): 405-523.
- ÁLVAREZ CASTRO, Luis. *La palabra y el ser en la teoría literaria de Unamuno*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2005.
- ÁLVAREZ GÓMEZ, Mariano. *Unamuno y Ortega. La búsqueda azarosa de la verdad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003.
- APARICIO MARCOS, Arrate. «Claves para reconocer una amistad verdadera. Una reflexión desde el pensamiento de Miguel de Unamuno». *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica* 76, 291 (Extra) (2021): 1263-1272. Recuperado el 5 de junio de 2022, de <https://revistas.comillas.edu/index.php/pensamiento/article/view/7782>. <https://doi.org/10.14422/pen.v76.i291.y2020.023>.
- BLANCO PRIETO, Francisco. *Unamuno, profesor y rector en la Universidad de Salamanca*. Salamanca: Hergar Ediciones Antema, 2011.
- CEREZO GALÁN, Pedro. *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Trotta, 1996.
- CEREZO GALÁN, Pedro. *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*. Madrid-Granada: Biblioteca Nueva: Universidad de Granada, 2003.
- COLLADO, Jesús Antonio. *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*. Madrid: Gredos, 1962.
- CONILL, Jesús. «Nietzsche y la Filosofía Española (Unamuno, Ortega, Zubiri)». *Revista Portuguesa de Filosofía* 57, 1 (2001): 113-132.
- CRUZ HERNÁNDEZ, Miguel. «La misión socrática de Don Miguel de Unamuno». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* 3 (1952): 41-53. Recuperado el 29 de marzo de 2022, de <https://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/9627>.
- DELGADO, Buenaventura. *Unamuno educador*. Madrid: Magisterio español, 1973.
- ESPINO GUTIÉRREZ, Gabriel. «El magisterio de Unamuno». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* 16 (1966): 99-106. Recuperado el 29 de marzo de 2022, de <https://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/9724>.

- GARCÍA BLANCO, Manuel. «Don Miguel y la Universidad». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* 13 (1963): 13-32. Recuperado el 29 de marzo de 2022, de <https://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/9687/10053>.
- GARCÍA CHICÓN, Agustín. *La autenticidad como sustancia de la verdad. Influencia de Kierkegaard en Unamuno*. Málaga: Montes, 1987.
- LADRÓN DE GUEVARA LÓPEZ DE ARBINA, Ernesto. «El pensamiento pedagógico de Miguel de Unamuno». *Revista española de pedagogía* 59, 220 (2001): 403-420. Recuperado el 29 de marzo de 2022, de <https://revistadepedagogia.org/lix/no-220/el-pensamiento-pedagogico-de-miguel-de-unamuno/101400009882/>.
- LÓPEZ CASTRO, Armando. *El rostro en el espejo. Lecturas de Unamuno*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2010.
- MARIÁS, Julián. *Miguel de Unamuno*. Madrid: Espasa-Calpe, 1997.
- MAROCO DOS SANTOS, Emanuel José. «La concepción unamuniana de asignatura como ciencia viva». *Revista Educación* 41, 2 (2017): 105-117. Recuperado el 29 de marzo de 2022, de <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/educacion/article/view/21675>. <https://doi.org/10.15517/REVEDU.V41I2.21675>.
- MAROCO DOS SANTOS, Emanuel José. «Unamuno: el maestro y su misión educativa». *Revista de Educação PUC-Campinas* 22, 1 (2017): 151-162. Recuperado el 29 de marzo de 2022, de <https://seer.sis.puc-campinas.edu.br/reveducacao/article/view/3280>. <https://doi.org/10.24220/2318-0870v22n1a3280>.
- PARÍS, Carlos. *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*. Barcelona: Anthropos, 1989.
- RIBAS, Pedro. *Unamuno. El vasco universal*. Madrid: Endymion, 2015.
- RUBIO LATORRE, Rafael. *Educación y educador en el pensamiento de Unamuno*. Salamanca: Instituto Pontificio San Pio X, 1974.
- SÁNCHEZ ORANTOS, Antonio. «El diálogo de María Zambrano con Unamuno y Antonio Machado, filosofía primera para la cultura actual». *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica* 75, 286 (Extra) (2020): 1215-1243. Recuperado el 29 de marzo de 2022, de <https://revistas.comillas.edu/index.php/pensamiento/article/view/12214>. <https://doi.org/10.14422/pen.v75.i286.y2019.010>.
- UNAMUNO, Miguel de. *Obras completas*. Edición de Manuel García Blanco. 9 vols. Madrid: Escelicer, 1966-1971.
- Vol. I. *Paisajes y ensayos*, 1966.
 - «La dignidad humana», 1896.
 - «De la enseñanza superior en España», 1899.
 - «Almas de jóvenes», 1904.
 - «Sobre la lectura e interpretación del 'Quijote'», 1905a.
 - Vol. II. *Novelas*, 1967.
 - Amor y pedagogía*, 1902.
 - Vol. III. *Nuevos ensayos*, 1968.
 - «¿Qué es verdad?», 1906a.
 - «Sobre la consecuencia, la sinceridad», 1906b.
 - «Verdad y vida», 1908.

- Vol. VIII. *Autobiografía y recuerdos personales*, 1970.
«La Universidad hace veinte años», 1933.
 - Vol. IX. *Discursos y artículos*, 1971.
«Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1900 a 1901, en la Universidad de Salamanca», 1900.
«Discurso en los Juegos Florales de Almería, 27 de agosto de 1903», 1903a.
«Sinceridad y convicciones», 1903b.
«La enseñanza universitaria. Ponencia presentada a la II Asamblea Universitaria, celebrada en Barcelona del 2 al 7 de enero de 1905», 1905b.
«Algo sobre autonomía universitaria», 1919.
- UNAMUNO, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. Edición de Nelson R. Orringer. Madrid: Tecnos, 2005.
- UNAMUNO, Miguel de. *Antología esencial*. Edición de Cirilo Flórez Miguel. Madrid: Tecnos, 2014.
- UNAMUNO, Miguel de. *Mi confesión*. Edición de Alicia Villar Ezcurra. Salamanca-Madrid: Sígueme: Universidad Pontificia Comillas, 2015.
- UNAMUNO, Miguel de. *Escritos sobre la ciencia y el cientificismo*. Edición de Alicia Villar Ezcurra. Madrid: Tecnos, 2017.
- VILLAR EZCURRA, Alicia. «La crítica de Unamuno al cientificismo». *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica* 69, 261 (2013): 1035-1048. Recuperado el 29 de marzo de 2022, de <https://revistas.comillas.edu/index.php/pensamiento/article/view/4746>.
- ZAMBRANO, María. *Unamuno*. Barcelona: Debate, 2003.

